

El mundo que á los ojos descubria,  
Muda estátua el mas sabio quedó hecho  
Absorto contemplando en lo que via:  
Del mar profundo un largo y ancho trecho,  
Que mudables espejos parecia,  
Y entre sus crespas olas de aire llenas  
Los delfines cruzando, y las ballenas.

El risco altivo en un diluvio entero  
De luciente cristal las selvas moja,  
Que de aquel desigual despeñadero  
Con espantoso estruendo al mar se arroja:  
Y de una peña en otra á lo postrero  
Del monte hirviendo da su espuma floja,  
Haciendo antes pedazos por los riscos  
Cristales, flores, perlas, y lentiscos.

Por otra parte el monte, cuyos pinos  
Parece que se esconden en el cielo,  
Y entre tajadas peñas los espinos  
De rocas cubren y boscaje el suelo:  
Trepas la yedra, suben remolinos  
De flores y de yerba por señuelo  
Al presto ganio que por ellas salta,  
Y de verlas temblar se sobresalta.

Silban por entre almeces y algarobos  
Las mirlas, las calandrias y gilgueros,  
Retozan por la grama, y dan corcovos,  
Las liebres y gazapos placenteros:  
Huyen los ciervos, rumían los escobos  
Las cabras, y en las peñas y agujeros  
El conejo se esconde, y por sus quiebras  
Enroscadas asoman las culebras.

Todo esto al son del bosque, y del ruido  
Del rio que por los riscos se despeña,  
De las aves el canto no aprendido,  
Y del monte la verde y crespas greña:  
Desde aquel alto y abreviado nido,  
Que labró el cielo en medio de una peña,  
Se ven sin otras nuevas maravillas  
Resacas de la mar y sus orillas.

El contemplar la rústica hermosura  
Los sentidos tenia embelesados,  
Y entre aquellos asombros la figura  
Del dueño de sus yermos olvidados:  
Cuando él, en tono lleno de dulzura,  
Así al nuevo concurso de cuidados,  
Que advirtió en nuestros ánimos atentos,  
En su boca formó graves acentos.

«¿De cuán enano cuerpo, y cuán menudas  
Son las humanas fábricas, medidas  
A las grandezas que entre peñas rudas  
Suelen en un desierto estar perdidas:  
Qué humildes las mas altas, qué desnudas  
De magestad y luz las mas vestidas,  
Qué primor mendigado, y qué pobreza,  
Las de mas precio, y de mayor grandeza!

Los artesones de oro sustentados  
En dóricas columnas, y á par dellos  
Ricos jáspe, y pórpidos vetados  
De azules venas, y de lazos bellos;  
A dos dias de vistos y tratados,  
Si al principio admiraron, cansa el vellos,  
Enfadados los tapices, y el aseó  
Del mas pintado alcázar queda feo.

Son tibios los colores y pinceles  
Que el mundo mas celebra y solemniza,  
Puestos con las alfombras y doseles  
Con que mayo unos riscos entapiza:  
El fino rosicler de sus claveles,  
Lo azul del lirio, la color pajiza  
De un ya maduro trigo, y aquel fresco  
Que con su aliento bulle en lo grutesco;

Aquel confuso amontonar de cosas,  
Arrojadas acaso, y diferentes,  
Aquí yedra, allí espinas, allá rosas,  
Riscos, flores, peñascos, rios y fuentes,

Y unos lejos que vuelven mas vistosas  
Las mismas cosas que se ven presentes,  
Un pedazo de playa, una montaña,  
Que al cielo sube, y á la vista engaña.

Y donde sobre todo de su dueño  
El gran tesoro y el caudal se infiere,  
Es que al grande, al mediano, y al pequeño,  
Todo se da de valde á quien lo quiere:  
No hay puerta, no hay cancel, desvío, ni ceño,  
Sea la hora, el lugar, y el dia que fuere,  
Que siempre para el gusto y el provecho  
Puesto se está el tapiz, y el toldo hecho.

Ora cruzando vayan los desiertos  
De algun inculto bosque, ó engolfado  
En medio de los mares encubiertos  
Al frio Scita, y al Burney tostado;  
O en el del Sur sobre peñascos yertos  
El romper goce del cristal helado,  
Cuyos tumbos la playa y el arena  
De blanco nacar da y mársicos llena.

O bien se baje donde en vuelo ardiente  
La línea equinocial midiendo el dia,  
Con alas de oro encima de su frente  
La suya enarcar llena de alegría;  
Que allí entre aquellos páramos sin gente  
(Si el mundo aun tiene allí tierra baldía)  
Sus solitarios y ásperos espacios  
De los reyes humillan los palacios.

Que aun contemplando aquí el humor fecundo  
Que sus anchos desiertos fertiliza,  
Con ignorante miedo de que el mundo  
Allí el rojo calor le haga ceniza:  
O que su ignoto piélago profundo  
Las crespas olas con que el tumbo eriza  
Entre las rocas quiebre, y se consuma  
Trocada su altivez en blanca espuma.

O imaginando estrellas nunca vistas  
De Europa, ó sus peñascos, no tocados  
De humanas plantas, entre varias listas  
De preciosos metales engastados  
En pastas de diamantes y amatistas,  
Siempre llenos he visto mis cuidados  
Del deleite que causan peregrino  
Estos rascuños del pincel divino.

Un siglo entero, que de nuevo un mundo  
Hacerle suele, y trastornar la vida  
Del mas robusto pecho, y mas fecundo  
Calor que en miembros de jayan se anida,  
Para gozar este balcon profundo  
Pequeña ha sido y corta su corrida:  
¿Qué mucho ahora os suspenda el alma entera,  
Siendo esta en que le veis la vez primera?

Mas demos ya el asiento en lo importante,  
Que el tiempo huye del mundo por la posta,  
Y si es digna de gloria semejante  
Esta humilde capilla y cueva angosta,  
Con himno santo en procesion triunfante  
Subamos el Patron desta ancha costa  
A este alcázar del cielo, que hasta ahora  
La cárcel fue de un alma pecadora.

Y si teneis quizá, como yo siento,  
Deseos de saber quién soy y he sido,  
Por qué culpas el cielo este aposento  
Me dió, y en él los años que he vivido,  
En dando al mártir en su ermita asiento  
Lo sabreis: vos ahora, esclarecido  
Y sábio abad Mauril, sedme propicio  
En que yo haga al santo este servicio.»

Dijo, y todos con ánimo dispuesto  
De dar cumplido desu gusto el modo,  
A la ancha playa del peñol enhiesto  
Siguiendo fuimos al humilde godo,  
Que á los piés del invicto mártir puesto,  
En lágrimas de amor deshecho todo,  
Tierno los besa, y con su fe cumplida

Hacer lo mismo á todos nos convida.

Suplió la devocion y el placer mudo  
De aparato al triunfo soberano,  
Y al encumbrado altar, ya no desnudo,  
El gran mártir subimos segoviano:  
Y bien que el pueblo en procesion menudo,  
En pecho grande fue, y amor cristiano,  
Donde en solemnidad, música y canto  
La misa aquel dia dijo el abad santo.

Y el humilde ermitaño prevenido  
Al disfrazado Dios en pan de vida  
Con santa confesion, y encendido  
Fuego de amor, y pena no fingida  
De sus pasadas culpas con rendido,  
Animo, y lengua en llanto derretida,  
Antes del sacro pan, en el pajizo  
Templo esta general confesion hizo.

«Pues ya el Rector del cielo soberano,  
Que hasta ahora mis ofensas ha sufrido,  
Al término presente de su mano  
Para mas gloria suya me ha traído:  
Sea el mundo testigo, sea escribano  
La fama ya otra vez como lo ha sido  
De mis excesos, y al pasado cargo  
Junte, si alguno tiene, este descargo.

Y pues ofendí al cielo, y puse al mundo  
En riesgo, y al infierno dejé abierta  
Para que á cuenta mia su profundo  
Ventre de almas engorde, una ancha puerta;  
Pues fui el primero sin tener segundo,  
Ni haberle de tener, que vió desierta  
A España de valor, y sus regiones  
Asombradas de bárbaras naciones;

Oyan los cielos, ángeles y santos,  
Testigos y jueces de mi vida,  
La tierra, el aire y mar, con todos cuantos  
En ellos tienen parte conocida:  
Oya el infierno en medio de sus llantos,  
Y la caterva y plebe denegrida

De almas y negros bultos, que en eterno

Dolor rodea y ciñe el lago averno;  
Y todo finalmente el circuito  
De la universal máquina criada,  
Y sobre todo el español distrito  
Como parte mas lesa y agraviada:  
Oyan todos, pues todos mi delito  
Sabén, desde el zenit y zona helada,  
Que ciñe á mi primer nacion la frente,  
Hasta del Garamante el suelo ardiente;

Como yo el desdichado rey Rodrigo,  
Por propias culpas mias declarado  
Para verdugo al celestial castigo  
Que á la infeliz España ordenó el hado:  
De rey que debia ser vuelto enemigo,  
De Witiza siguiendo el desenfado  
Y vicios que sembró, que yo debiera  
Escardar, si el que al reino debia fuera;

Sepan que yo fui solo el instrumento,  
Y mi culpa la puerta á tantos males,  
Que aunque en el soberano entendimiento  
De quien sus leyes toman los mortales,  
Para otro oculto y no sabido intento  
En tablas estuviesen inmortales  
Con roja sangre escritos, y sus nombres  
Inmudables al brazo de los hombres;

Yo solo aceleré con mis delitos  
La divina justicia, yo imprudente  
Graves excesos cometí infinitos,  
Y airado hice al rey omnipotente:  
Todos contra mí solo están escritos;  
Yo solo fui de España el fuego ardiente,  
Que al descuido de un rey un reino viene  
Al triste estado que ahora España tiene.

Y aunque todos son carga en mi memoria,  
Y yo asombro por todos del infierno  
(Si el que con su pasion compró mi gloria  
No me da libre de su fuego eterno)  
El que al discurso de tan triste historia



Siempre mi corazon halló mas tierno,  
En mis ojos mas lágrimas, mas tiros  
En mi alma, y en mi boca mas suspiros,  
Fue de Ataulfo el aseado gesto  
Que por leal sacó, y por obediente

De la enemiga Atanagilda en esto,  
Como en pasarse en Africa insolente:  
Grave delito fue haber descompuesto  
Al rey Witiza, y siendo mi pariente,  
Con el favor romano, y mis antojos,

Privádole del reino y de los ojos.  
 Grave delito fue el voraz deseo  
 De entrar en mi usurpada monarquía,  
 Y de la torpe vida el vicio feo  
 Que en mi ofendido reino permitia,  
 Y el desnudar del belicoso arreo  
 La invicta España en quien su paz tenia,  
 Como que yo de intento al triste caso  
 Del feroz mauro diera llano el paso.  
 Y entre todas mis culpas la famosa,  
 Y que mas se descubre, y mas campea  
 A los ojos del vulgo, la afrentosa  
 Fuerza y estupro de una falsa idea,  
 Que á un ciego antojo pareció hermosa,  
 Y á la triste memoria amarga y fea,  
 Hija de un traidor conde, que en ser malo  
 Aun yo el mayor de todos no le igualo.  
 Y si fue culpa dar á la pureza  
 De mi gótica sangre la africana,  
 Y dejar Zara ley, reino y riqueza,  
 Mas por ser mia, que por ser cristiana;  
 Y la curiosa y bárbara fiera  
 De abrir la antigua cueva toledana,  
 Donde el hado de España estaba oculto  
 En las espaldas de un mudable bulto;  
 Y otras ocultas culpas y defetos,  
 Que al libro de mi vida harán cargo  
 En públicos sumarios, ó en secretos,  
 Tras un discurso y un vivir tan largo:  
 Aunque todos cien años imperfectos  
 Me cuestan de dolor y llanto amargo,  
 Siempre que á Ataulfo en la memoria miro,  
 Con nueva pena y confusion suspiro.  
 Tanto á un leal criado se le debe,  
 Y cual este en lealtad nadie le tuvo,  
 Ni si él viviera del vasallo alevé  
 La traicion el efecto hubiera que hubo:  
 Murió como español, mas murió en breve,  
 Que el cielo que en la vida le mantuvo,  
 Mientras quiso que el reino mio fuese,  
 Por quitármele hizo que muriese.  
 Murió, y no hallando en la agostada España  
 Brazo á quien dar del campo el cetro honroso,  
 El salir yo con él á la campaña  
 En riesgo general me fue forzoso:  
 Encuentro duro de fortuna estraña,  
 Que sobre el rio Leteo dió espantoso  
 Vaiven conmigo, y á sus piés con todo  
 El nombre y pundonor del valor godo!  
 Ocho veces la lámpara febea  
 Salí alumbrando el mundo, y ocho veces  
 La negra sombra de la noche fea  
 De la luna alteró las blancas teceas;  
 Y tantos dias la mortal pelea,  
 El sol y las estrellas por jueces,  
 En España duró, sin durar ella  
 Mas en su libertad, que en fenecella.  
 De allí ya viendo que el rigor del cielo  
 Era, y no otro el azote del castigo,  
 Sin esperanza de favor del suelo  
 El campo dejé y reino al enemigo:  
 Y aquí de angustia lleno y desconsuelo,  
 Si conmigo venia, di conmigo,  
 De un rústico vestido disfrazado,  
 Que compré por la púrpura y brocado.  
 Cien cursos ha revuelto el gran planeta,  
 Que por doce escalones de oro mide  
 El cerco de la vida, y de imperfecta  
 Vuelta los demás circulos divide:  
 Despues que entré á la soledad secreta,  
 Que en este inculco páramo reside,  
 Siempre pidiendo, aunque con lengua muda,  
 A mis culpas perdon y al cielo ayuda.  
 Y es tan piadoso el Padre soberano,  
 Que sin mirar del pródigo perdido

La grave ofensa y término villano  
 Con que á mas no poder se ha reducido,  
 Con favores de padre, y padre humano,  
 Regalado y en palmas me ha traído  
 Hecho otro Benjamin hasta este punto,  
 Que el premio espero de su sangre junto.  
 Díome este rio néctar, y el sustento  
 Estos almeces, palmas y algarrobos,  
 Esta secreta cueva el aposento,  
 El suelo cama, y colchas sus escobos:  
 Despertando al cuidado soñoliento  
 De noche los aullidos de los lobos,  
 Para enviar con dulce desconsuelo  
 Por mis mañines lágrimas al cielo.  
 Desta suerte he corrido el curso entero  
 De un siglo en vida dulce y sosegada,  
 Llena de paz y de ánimo sincero,  
 Bien que de algunos miedos asaltada:  
 Mas fuera de aquel gusto verdadero  
 De verla en Dios, y por su amor gastada,  
 Aun en lo natural así regala,  
 Que la de mas deleite no la iguala.  
 En santa ociosidad vagando á veces  
 Por los secretos ángulos del cielo,  
 O á sus cóncavos, nudos y combeces  
 Atento contemplando el curso y vuelo;  
 O á las palmas pidiendo y á las nueces  
 Sustento y sombras, al florido suelo  
 Verdes tapides, cantos á las aves,  
 Aliento al aire, al mar bramados graves.  
 En esta ocupacion y este ejercicio  
 La vida he preparado y la conciencia,  
 Para dar cuenta della en el juicio  
 De aquel en quien espero hallar clemencia;  
 Y ahora mas, pues me vino á ser propicio  
 En tal trance el gran Santo de Valencia:  
 Vosotros deste bien nobles autores,  
 No me negueis con él vuestros favores.  
 Ayudadme á la fin de la jornada  
 Los que el cielo hacer testigos quiso  
 De mi vida presente y la pasada,  
 Y séale al mundo general aviso:  
 Que el rey Rodrigo, si dejó manchada  
 Por incauto su fama y por remisa,  
 Ya con cien años de continuo llanto,  
 Si sus manchas lavó no saldrán tanto.  
 Toda esta magna conjuncion que junta  
 Favorece á los árabes furoros,  
 Y en Sagitario y su primera punta  
 Harán los dos planetas superiores;  
 El fin y el punto de mi muerte apunta,  
 Hasta ella sela llegan los mayores  
 Términos del periodo de mi vida,  
 Si antes no abrevia el cielo la partida.»  
 Así dijo, y postrándose en el suelo,  
 En lágrimas el pecho consumido  
 De humilde contricion, al Rey del cielo  
 En la hostia santa recibió escondido,  
 Con tanto gusto y general consuelo,  
 Que en un profundo raptó suspendido,  
 Y levantado de la tierra un codo,  
 Dió el alma á su Criador el postrer godo.  
 Quedó va con dos santos la capilla  
 Hecha del cielo un singular retrato,  
 Y todos de tan nueva maravilla  
 Llenos de admiracion y de rebato:  
 Viendo al rey godo que perdió á Castilla  
 Morir tan sin grandeza ni aparato,  
 Cuando en el mundo se tenia por cierto,  
 Que en él habia cien años antes muerto.  
 Hízose humilde entiero al rey potente  
 Conforme el tiempo y ocasion pedía,  
 En un sepulcro que por mas decente  
 Dentro labramos de la Peña fria;  
 Donde Mauril, que en todo era eminente,

Un epitafio puso, que decia:  
 «Aquí yace Rodrigo en este suelo,  
 Despues que perdió á España ganó el cielo.»  
 Y en lo mejor del apacible llano,  
 Y mas acomodado con la ermita.  
 Fundamos un humilde pueblo ufano  
 De tener prenda en si tan esquisita:  
 Contentos del asiento y temple sano,  
 Libre de la inquietud, tropel y grito  
 Del morisco furor, y la insolencia  
 Del bárbaro gobierno de Valencia.  
 Y va contentos con la humilde suerte  
 Que allí nos arrojó al rincón del mundo,  
 En vida quieta una agradable muerte  
 Prometia á todos su calor fecundo:  
 Cuando la ciega diosa que lo advierte,  
 Contraria nuestra en el desden segundo,  
 Cruel quiso acabar de dar sin duelo  
 Con todo el edificio por el suelo.  
 Tuvo el rey de Ayamonte Cardiloro,  
 Padre del que me trajo á mí á la guerra,  
 Por hija á Glaura del cabello de oro,  
 Y la beldad mayor que vió la tierra:  
 Si el cielo al mundo trasladó el tesoro  
 Alguna vez que en su pintura encierra  
 En esta mora fue, y sin faltar punto  
 Allí con su pincel lo puso junto.  
 Nacieron Cardiloro, y esta hermosa  
 Medalla de beldad y de desdicha  
 Juntos, debajo alguna peligrosa  
 Combusta radiacion sin luz ni dicha:  
 Solo Saturno en casa venturosa,  
 Venus del todo muerta y entredicha,  
 Y los demás planetas por los signos  
 Menos proporcionados y benignos.  
 Era Zafira de los dos infantes  
 Tía, y supersticiosa hechicera,  
 Que por agujeros, rayas y semblantes  
 La ventura alcazaba venidera:  
 Esta entre varias cosas disonantes  
 Una vino á sacar por verdadera,  
 Que serian ambos muertos por engaños  
 De amor en lo mas tierno de sus años.  
 A Cardiloro ayer costó la vida  
 El cauteloso robo de mi hermana,  
 Pues de la suya oíd la nunca oída  
 Desgracia, y sin sazón muerte temprana;  
 Vereis que no hay lazada desusada  
 De nudo y de pendencia soberana,  
 Ni á poder trastornar la órden del cielo  
 Las fuerzas llegan ni el saber del suelo.  
 Cuando Hércules abrió por el estrecho  
 De Gibraltar la puerta á los dos mares,  
 No quedó luego todo el golfo hecho,  
 Ni hundidos de una vez tantos lugares;  
 Que algunos altibajos trecho á trecho  
 Hechos quedaron islas y lunares  
 De aquella su canal angosta y brava,  
 Donde no asentó el golpe de la clava.  
 Destas las islas Verdes fueron unas,  
 Que Afrodiasias llamó la edad pasada,  
 Y en floridos vergeles á ningunas  
 Iguales cercos dió la mar salada:  
 Aquí entre estanques, flores y lagunas,  
 Sobre una Peña de cristal cuajada,  
 De la maga Zafira en largo espacio  
 La fábrica ocupó del real palacio.  
 Aquí se retiró la astuta mora  
 Con la hermosa Glaura su sobrina,  
 Glaura infeliz, y desdichada autora  
 De una triste tragedia repentina:  
 Crióse oculta allí como la aurora  
 Entre aljófares, rosas y neblina.  
 Que cuando sale á despertar el dia  
 Cuantos la miran viste de alegría.

Así sucedió á Glaura, que escondida  
 En la isla Verde nadie supo della,  
 Hasta que ya, la maga consumida,  
 El rey la trajo, y á su córte en ella  
 Todo el deleite y gusto de la vida,  
 Pues nadie la miró, que en solo vella,  
 De sus alegres ojos al bullicio,  
 El alma no ofreciese en sacrificio.  
 Cuando su luz por todo el horizonte  
 Hacia de la propia y gente estraña  
 Rica la humilde córte de Ayamonte,  
 Y famosa en las de Africa y España,  
 Un fiero nieto del antiguo Almonte,  
 A quien Roldan mató en una montaña  
 Por incapaz de amor y hombre furioso,  
 Llamado Boacel el desdenoso;  
 Este allá en Tremecen por Agolante  
 El principado de Aregol tenia,  
 Cuando de Glaura oyó el nombre triunfante,  
 Que la fama en su córte lo estendia:  
 Y en tal punto le oyó, que fue bastante  
 A quitarle el sosiego en que vivia,  
 Y antojado sacarle de su tierra  
 A buscar la que ausente le hace guerra.  
 En loco aplauso, en aparato y galas  
 Tras su amorosa empresa salió el moro,  
 Y dando al viento de un navio las alas  
 A la córte arribó de Cardiloro;  
 Donde por nuevas no del todo malas  
 Supo que Glaura del cabello de oro,  
 De la córte y su tráfigo enfadada,  
 En el Algarbe estaba retirada,  
 En una casa de placer, tratando  
 Con sus damas de caza y montería,  
 Sin saberse de cierto el tiempo cuando  
 A la ciudad del campo volveria:  
 Boacel que en su aficion se está abrasando  
 En sus deseos mas dentro cada dia,  
 A un ciego antojo que razon no escucha,  
 Cualquier pequeña dilacion es mucha.  
 Y así con nombre de ir tambien á caza,  
 Y conocer del reino las fronteras,  
 Con gran tropel de gentes de su raza,  
 Berberiscas, indómitas y fieras,  
 De Ayamonte salió buscando traza  
 De descubrir á Glaura sus quimeras:  
 Llegó á la casa de placer, y hallóla  
 Por daño nuestro el impaciente sola.  
 Que un dia antes la infanta habia salido  
 Por el áspero Algarbe á montería,  
 Y el insufrible moro desabrido  
 De tanto azar como en su antojo via,  
 Haciendo del gallardo y atrevido  
 Cercar el monte quiso, y ver si habia  
 Modo para que su ánimo robusto,  
 Pues que todo es cazar, cazase gusto.  
 Salíó, y el desvariar de la fortuna,  
 Que el mundo guisa del sabor del hado,  
 Huyendo el pantanal de una laguna  
 Con él dió en nuestro pueblo descuidado:  
 De humildes chozas sin defensa alguna,  
 En triste sitio y puesto desgraciado,  
 Y á los que da en seguir la desventura,  
 Aun donde ya no hay mundo los apura.  
 Sobresaltóse el moro de repente  
 Viendo la humilde poblacion, y viendo  
 Ser allí nueva, y de cristianos gente,  
 Furioso en ella dió un asalto horrendo,  
 Destrozando la mísera inocente,  
 Que del peligro valenciano huyendo.  
 Por tantos mares, y rodeo tan largo,  
 Allí á buscar llegó su fin amargo.  
 No dejó el mauritano furor ciego  
 Rastro de nuestro pueblo ni memoria,  
 Que de casas y gente á sangre y fuego

Las luminarias hizo á su victoria:  
Algunos reservó, no humilde ruego,  
Mas pomposa ambicion y vanagloria  
De dar blason á su sangrienta traza,  
Y á Glaura los despojos de su caza.

A mí, ó fuese que el hábito de moro  
Con que salí de la prision de Abdalla,  
Me hiciese parecerlo, y por decoro  
Del me diesen la vida en la batalla;  
O que el autor del cielo en quien adoro  
Quiso para traerme aquí guardalla,  
Yo al fin con otros dos salí del fiero  
Imprudente Boacel por prisionero.

El resto, como en caza de inhumanas  
Fieras, por entre peñas y agujeros,  
A las manos murieron africanas  
De aquellos implacables lobos fieros:  
Sin que el humilde ruego, ni á las canas  
De Mauril, ni sus santos compañeros,  
Que de rodillas les pedian rendidos  
Las vidas diesen, ni piedad, ni oídos.

El alarido y grita que volaba  
Del vulgo al cielo, á quien favor pedía,  
Aunque en quebrados ecos, donde estaba  
Glaura llegó, y su hermosa compañía:  
Y la que á ver medrosa se acercaba  
De adonde el triste lamentar salía,  
Viendo la mortandad, á rienda suelta  
Huyendo de temor daba la vuelta.

Mas el furioso nieto de Agolante,  
Que conoció las cazadoras bellas,  
Con la victoria y el amor triunfante  
Alegre por el bosque entró tras ellas:  
Y en lo mas fresco dél, poco distante  
Del asolado pueblo, halló entre ellas  
El bello brio de Glaura, que en el mundo  
Por aquel tiempo no tenia segundo.

Quedó el moro de nuevo sin sentido,  
Y acariciado de la bella dama,  
Por bien pagado dió lo que ha servido  
Hasta aquel punto á cuenta de su fama:  
Y ya en su mismo amor desvanecido,  
En su alma adora la sabrosa llama  
Que allí le trajo, y el dichoso sino  
Que de gozar tal bien le hizo dino.

Contóle bravo el arrogante hecho,  
Presentándole todas las cautivas,  
Que dijo haber guardado por cohecho  
De su gusto, y no de otro intento, vivas:  
Y que á mí, de mi talle satisfecho  
Solo queria por paje, y con altivas  
Palabras, lleno de su vano antojo,  
Dió á los suyos el resto del despojo.

Puso la mora en mí los ojos bellos,  
No se si todo fue sospecha mia,  
O gran descuido suyo, yo vi en ellos  
Que nada mi presencia la ofendia:  
Y en la inquietud de huillos y volvellos,  
Ya la de su alma y corazón leía,  
Entre algun quebrado ay, de aliento entero,  
De su nuevo cuidado pregonero.

Preguntóme mil cosas con cautela,  
Hijas del gusto de hablar conmigo,  
Mi edad, mi patria, sangre y parentela,  
Y quién me hizo de aquel pueblo amigo:  
Cosas sueltas sin causa, en que revela  
Amor á veces mas de lo que digo,  
Gustando de todo ello el ignorante  
Bárbaro inadvertido, y ciego amante.

Pasóse en esto el resto de la tarde,  
Y venida la noche el moro hizo  
Con sus bajillas de oro rico alarde,  
Y banquete á su gusto antojadizo:  
Y como el fuego que en las venas arde  
Del amor con la gula se rehizo,

Consumió la humedad, y huyó el sueño  
De las vivas congojas de su dueño.

Y no hallando parte de reposo  
En la pluma y quietud del blando lecho,  
De su tienda salió el moro vicioso  
A ver la de su dama sin provecho:  
Al tiempo que ella en un disfraz hermoso  
Con igual inquietud salia en el pecho,  
Quizá á buscar su antojo y devaneo  
Que esto y mas que esto cabe en un deseo.

No se pudo saber de la salida  
A tal hora de Glaura cosa cierta,  
Ni adonde en tal disfraz desconocida  
Iba de noche, y sin por qué encubierta:  
Si ya no fue que sin pensar metida  
En nuevo ardor de pretension incierta,  
Tras el devanear del pensamiento  
Salía, sin saber dónde iba, á tienta.

Descubrió el moro el bulto denegrido  
De la amada beldad sin conocella,  
Y viendo que al hablalla y al ruido  
Atrás volvió lo temerosa huella,  
Sospechando traicion, un prevenido  
Venablo le arrojó, que dió con ella  
En el suelo, clavado el blanco pecho,  
Que al tiempo hizo hermoso sin provecho.

«Ay de mí, dijo, desdichada, y muerta  
En lo mejor del gusto, y de mis años!»  
Acudió el homicida á ver la incierta  
Causa de desvarios tan estraños:  
Y vió la luz de sus deseos cubierta  
De sangriento arrebol, y los engaños  
De su imaginacion deshechos todos  
Por tan contrarios y no vistos modos.

Quedó pasmado, la color difunta,  
Y todos juntos en desgracia tanta  
Corren á ver la miserable junta,  
Que en torno se hace de su triste infanta:  
Y ella clavada en la acerada punta  
Tan bella está, que aunque mortal espanta,  
Roceada de sus damas, cuyo llanto  
Es á la noche horror, y al bosque espanto.

Llegué tambien yo á vueltas, que la suerte  
Me llevó con los otros á ayudalla;  
Y viéndome llegar, trabóme fuerte  
De la mano, y al tiempo de apretalla:  
«Ay causa, dijo de mi triste muerte!  
Si la vida perdí yendo á busealla,  
No pierda...» y no acabó, que en esto el filo  
De la parca cortó al estambre el hilo.

Quedamos todos muertos viendo muerta  
La bella infanta, mas Boacel furioso,  
Que en su muerte sintió la suya cierta,  
Ya con semblante horrible y pavoroso,  
La aguda punta de arrebol cubierta,  
Que caliente sacó del pecho hermoso,  
Que á tal trance le trajo y á tal punto,  
En el suyo escondió, y cayó difunto.

Doblóse el llanto, el alboroto y grita  
Tal con la nueva muerte, que un retrato  
De infierno el bosque fuera, si infinita  
Su pena fuera, y no de un breve rato:  
Fuese la noche, y vióse en sangre escrita  
La celestial venganza al desacato  
Hecho al Patron de aquel dichoso suelo,  
Que así á los de su córte venga el cielo.

Quisieron dar los moros sepultura  
Del sacro monte en un florido cerro  
A los dos cuerpos juntos, fue locura,  
Y el segundo añadir al primer yerro:  
Que la amistad de un malo no es segura  
Aun en la fria huesa y mudo entierro,  
Al contrario del bueno, que convida  
Como Eliseo al muerto con la vida.

Y como á defender á los superbos

Hijos de confusion el desacato  
De dar del torpe amor á los dos siervos  
Sepulcro ilustre en fúnebre aparato,  
Un sombrío escuadron de negros cuervos  
A dar bajo sobre ellos cruel rebato,  
De cuyos picos y ásperos artejos  
El de mas compasion huyó mas lejos.

Y ellos como verdugos enviados  
Para aquel fin del celestial gobierno,  
Los cuerpos, cuyas almas y cuidados  
Son lóbregos tizonos del infierno,  
En espantoso vuelo arrebatados  
A un pardo risco por castigo eterno  
De sus delitos, y el furor tirano  
Del sin fe ni piedad rey Agolano;

Los llevaron, y allí sobre ellos puestos,  
Entre el carrizo y huecas espadañas,  
Con gritos atronando descompuestos  
La postrera quietud de las Españas,  
Puerta á los fuegos dieron deshonestos,  
De que ya fueron hornos sus entrañas,  
Entrando con los picos dentro dellas,  
Hasta mostrar su hollin á las estrellas.

Así en el yerto risco peñascoso  
Del inclemente Cáucaso se estiendo  
A roer el pecho al escultor curioso  
El buitre horrible que sobre él descende:  
Y el escuadron de arpias asqueroso  
Así en Arcadia al ciego rey ofende,  
Arremetiendo con las corvas presas  
A asir el pan, y trastornar las mesas.

No están sobre el cadáver recien muerto  
Mas importunas moscas asentadas,  
Cuando del asqueroso horror cubierto  
El tibio humor le enjugan á picadas;  
Ni cuando el campo de Ilión desierto  
Dejaron las argólicas espadas,  
De muertos luto y de sangrienta espuma,  
De cuervos vió ni buitres mayor suma.

Dieron las corvas uñas á los ojos,  
Y espanto á los que allí quedaron vivos,  
Que fueran á no huir nuevos despojos  
De sus presas y artejos vengativos;  
Pues si algunos con bárbaros antojos  
De armas se visten y ánimos altivos  
Para librar su rey de aquel tormento,  
Vencidos vuelven de su vano intento.

Y no solo á ellos, mas la córte entera  
Del rey, que allá en Zalama fue prolija,  
Y en triste luto y lóbrega litera  
Llevar el cuerpo quiso de su hija:  
El negro enjambre y gente vocinglera  
Con importunos vuelos los cobija,  
Haciendo que de ver su horror medroso  
Huyendo vuelva el pecho mas brioso.

Dejaronlos allí al tormento horrible,  
Y á libre voluntad de los soldados,  
A guardar el alcázar invencible  
Del mártir de Segovia acostumbrados:  
Desde el sangriento golpe del terrible  
Daciano, que sus miembros arrojados  
En la playa dejó, y negó á Valencia  
Para enterrarle en su arenal licencia.

Allí el ave de Apolo hizo la vela  
Sobre el sagrado cuerpo, y allí estuvo  
En cuidosa y perpétua centinela,  
Y campo á todos con su fe mantuvo:  
Y ahora tambien en su defensa vuela  
Sobre su sacro monte, y al que tuvo  
Animo de ofenderle, se presume  
Que en eterno tormento le consume.

Yo desde allí en poder de Cardiloro  
Quedé por suyo, y él en noble trato,  
Sirviéndose de mí no como moro,  
Aquí me trajo, donde en el rebato

De anoche quedó muerto, y el sonoro  
Discurso de mi vida, y su retrato  
Es este, y este el áspero rodeo  
Al bien que ahora sin pensar poseo.»

### ALEGORIA.

Orlando, que saliendo á caza, queda tras el gusto de su novela perdido y engañado por Garilo, significa que muchas veces el entendimiento, por divertirse en curiosidades sin provecho, queda perdido, y llevado de un error en otro hasta perecer. Y en el encantamiento de sus amigos convertidos en estatuas de oro, como la avaricia es un vicio tan torpe, que vuelve á los hombres estatuas, absortos en la sedienta codicia del dinero. En la historia de Roselio se ve lo mucho que importa el tener devocion con los santos: y como el desacato que se les hace, y el agravio hecho al inocente, pocas veces deja el cielo de castigarlo, y en el rey Rodrigo los soberanos efectos de la penitencia.

### LIBRO DÉCIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Descríbese el gran aparato de las fiestas de Francia la ferocidad de Morgante rey de Coreega, y las brávezas que hizo con las nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en contar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcángelica la bella, princesa del Catay; y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de donde se se eesepa nadando sobre una ceneta.

Así Roselio en su sabrosa historia  
Los que oyéndole están entretenia,  
En el sentido haciendo y la memoria  
Una mezcla de pena y de alegría:  
Del santo rey la conocida gloria,  
El trágico furor de Berberia,  
Del uno y otro amante el desatino,  
Y el justo premio de sus culpas dino.

En tanto con las fiestas aplazadas  
El francés hinche de alegría la tierra,  
Desde el frio golfo y gentes apartadas  
Que el encubierto mar Gótico encierra,  
Hasta donde sus ondas abreviadas  
Del Calpe rompen la encumbrada sierra,  
Alborotando su clarín bastardo  
La ardiente sangre al pecho mas gallardo.

La Gran Bretaña al templo de la fama  
Dió en otro tiempo bellos resplandores,  
Cuando al guerrero dios la blanda llama  
Del dulce amor templaba los furoros:  
No habia jayan feroz sin tierna dama,  
Casados con las armas los amores,  
Lleno aquel rico mundo de altos hechos,  
De ilustres brazos, y de heróicos pechos.

De héroes famosos llena la presencia  
Del siglo que hoy asombra su memoria,  
Del antiguo Merlin la grave ciencia,  
De Artús la mesa, de Amadis la gloria;  
Del rey Perion la ilustre descendencia,  
Del triunfo del honor famosa historia,  
Viviendo aunque en dos cuerpos con un alma  
El tierno mirto y la triunfante palma.

Por las selva de Ardenia á sus venturas,  
En pomposa beldad y altiva frente,  
Pasar solian tiernas hermosuras,  
Tascando en oro el palafren ardiente:  
Encerradas aun hoy no están seguras,  
Que á un rayo de metal resplandeciente  
Viene en la cuadra de mayor recelo  
Danae rendida, y su recato al suelo.

Aun no el ciego interés con su codicia  
La fe tenia cual hoy tiranizada,  
Ni habia entonces parido la avaricia